

Retratos de fin de siglo: la ex Yugoslavia

Marmasse, Lucienne

Veröffentlichungsversion / Published Version

Zeitschriftenartikel / journal article

Empfohlene Zitierung / Suggested Citation:

Marmasse, L. (1997). Retratos de fin de siglo: la ex Yugoslavia. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, 41(168), 157-198. <https://doi.org/10.22201/fcpys.2448492xe.1997.168.49399>

Nutzungsbedingungen:

Dieser Text wird unter einer CC BY-NC-ND Lizenz (Namensnennung-Nicht-kommerziell-Keine Bearbeitung) zur Verfügung gestellt. Nähere Auskünfte zu den CC-Lizenzen finden Sie hier:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.de>

Terms of use:

This document is made available under a CC BY-NC-ND Licence (Attribution-Non Comercial-NoDerivatives). For more Information see:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0>

Retratos de fin de siglo: la ex Yugoslavia

Dedicamos la sección de *Documentos* a exponer testimonios recogidos entre 1994 y 1995 por Lucienne Marmasse en distintos campos de refugiados en Croacia.

Aunque Lucienne Marmasse nació en Francia, pasó la mayor parte de su vida en la ciudad de México. En 1994 se fue como voluntaria a Croacia con la intención de trabajar con los refugiados de Bosnia. Durante siete meses vivió en un campamento en Varazdin, donde organizó actividades para niños y adolescentes y se ocupó también de los ancianos. Los voluntarios compartían las mismas condiciones que los refugiados: hacinamiento, escasa variedad de alimentos, servicios deficientes de sanitarios y otras dificultades. La convivencia le permitió recoger testimonios de la gente con quien vivía. Estos testimonios formaban parte de un libro a publicarse bajo el título de "Retratos del desamparo". Por razones diversas, este libro aún no se ha publicado, aunque parte del mismo se presentó como ponencia sobre la vida en los campamentos en el Primer Congreso Internacional por la Paz en Europa, realizado en Budapest en mayo de 1995.

Por la importancia de su contenido, presentamos a continuación estos testimonios inéditos, como expresión de las consecuencias de la barbarie del siglo iniciado y concluido, metafóricamente, en Sarajevo.

Introducción

La condición de refugiado es, sin lugar a dudas, una de las más difíciles en la vida; significa tener menos que nada. El refugiado no sólo ha perdido su pasado, de manera violenta; su presente es incierto, al vivir en un país que no es el suyo y a la merced de disposiciones gubernamentales o internacionales sobre las cuales no tiene ningún poder de decisión, sobreviviendo gracias a la ayuda de extraños, sin saber cuánto tiempo durará su exilio. Además, no sabe qué le deparará el futuro y por lo general no tiene alternativas entre las cuales escoger. El refugiado no tiene derecho a soñar... La sensación de desamparo y desesperación es común a todos los refugiados, sea un campesino pobre ruandés en Zaire, un profesionalista bosnio en Croacia que antes disfrutaba de un buen nivel de vida, o un balsero cubano en Guantánamo. La impotencia, el temor y la frustración es lo que marca ahora su vida, teñida siempre por las circunstancias que lo llevaron a estar ahí. Ser refugiado es vivir en un limbo, ser la sombra de una vida truncada.

En lo que representa la peor crisis de refugiados en Europa desde que terminó la Segunda Guerra Mundial, las cifras de la guerra en los países que formaban Yugoslavia son abrumadoras: más de cuatro millones de desplazados y refugiados en total, de los cuales casi tres millones están en Bosnia y cerca de medio millón en Croacia. De estos desplazados y refugiados poco se habla. ¿Qué les pasó después? Este libro se propone rescatar del olvido a esta gente, en particular dar a conocer las condiciones y expectativas de los desplazados y refugiados en Croacia, hablar de ellos como individuos.

Muchas personas piensan que quienes lograron refugiarse fuera de su país tienen mucha suerte, y olvidan pensar o desconocen las condiciones en las cuales tienen que vivir. Otro problema común es reducirlos a meros números: 800 aquí, 3 500 allá, sin tomar en cuenta que son personas, no sólo parte de una estadística. Es frecuente oírlos decir cuánto detestan la palabra “refugiado”, que les roba cualquier identidad propia.

Inclusive quienes conocen campamentos para refugiados —por ejemplo, trabajadores de organizaciones humanitarias—, a menudo ven sólo lo superficial, sin llegar a comprender la compleja problemática de fondo, el agotamiento emocional por lo sufrido en el

pasado y la frustración del encierro. La mayoría de los campamentos son antiguos cuarteles militares, viejos trenes, hoteles u otros edificios o instalaciones que se pudieron convertir rápidamente en albergues para recibir grandes cantidades de personas. A partir de la primera ola de desplazados de las zonas ocupadas en la misma Croacia, en 1991, los campamentos fueron multiplicándose.

Hay campamentos en todo el territorio libre de Croacia, sobre todo en el noroeste del país y en la costa del mar Adriático, y si bien las condiciones de vida varían de uno a otro, todos tienen serios problemas en común. El más notorio a primera vista es el hacinamiento. En ciertos antiguos cuarteles llegan a colocar hasta cuarenta personas en una sola habitación, donde duermen en filas de literas. Vivir en espacios tan reducidos y sin ninguna privacidad afecta a personas de todas las edades, sobre todo en invierno, cuando la temperatura hace imposible permanecer a la intemperie; los ancianos y enfermos no pueden tener ningún tipo de tranquilidad si hay niños o jóvenes en la habitación, las parejas no pueden tener una conversación privada, los adolescentes no tienen un espacio propio para alejarse de sus familias, y la forma en que una madre educa a sus hijos está bajo escrutinio público y es comentada. Para los adolescentes es particularmente difícil que en una etapa de su vida naturalmente rebelde, tengan que apegarse no sólo a las reglas familiares, sino también a los reglamentos específicos del campamento —represivos en su gran mayoría— o incurrir en el riesgo de que su familia sea expulsada.

Aunque las donaciones de alimentos de ayuda humanitaria generalmente son adecuadas en cantidad, el valor nutricional de la dieta es muy pobre y a menudo la comida en sí es incomible. Muchas enfermedades se deben a, o son agravadas por, la falta de vitaminas y minerales en la dieta, basada primordialmente en carbohidratos. Es común ver a adolescentes y niños que ya tienen la dentadura podrida.

Las condiciones higiénicas por lo general son preocupantes. En edificios antiguos, como los cuarteles militares que datan del Imperio Austro-Húngaro, las cañerías están deterioradas y sobrecargadas. Aun durante el invierno el olor puede llegar a ser abrumador, y en épocas de calor representan un factor de riesgo para propagar infecciones y epidemias. Algunos campamentos recibieron dona-

ciones de contenedores preconstruidos con inodoros y regaderas, o fueron construidos en el lugar, pero otros carecen de instalaciones sanitarias modernas. No todos los campamentos gozan de agua caliente, e incluso cuando la hay, puede resultar difícil encontrarla cuando setenta personas tienen que compartir una sola regadera. En una región donde las temperaturas durante el invierno pueden alcanzar los -14 grados, esto contribuye a las infecciones crónicas de vías respiratorias, agravadas por la escasez de atención médica.

Pero más allá de las condiciones de vida difíciles, está la condición anímica, la sensación de desesperanza y la angustia visible en todos los rostros. Los refugiados perdieron todo al ser expulsados: sus bienes materiales y, en la mayoría de los casos, al menos a un ser querido; su pasado, su identidad, su seguridad. Si bien en los campamentos mal que bien reciben las necesidades materiales básicas para subsistir, las pérdidas emocionales se agravan. Perdieron su pasado y están ahora en una especie de limbo donde se sobrevive, pero se pierde la esperanza de un futuro. Al tener que depender para todo de lo que otros les den, pierden su dignidad propia, pues están impotentes.

Si bien el Tratado de Dayton expresamente aclara que ambas partes (serbio-bosnios y Federación Croata-Bosniaca) deben permitir el regreso de los refugiados a sus hogares, en la práctica es poco factible creer que se pueda realizar. En este contexto, si los serbios aceptan que regresen los musulmanes y católicos que expulsaron, pasarían a ser minoría nuevamente en parte de su territorio.

De ponerse en práctica cualquier otro acuerdo de paz, ¿qué pasará con todas aquellas personas que no tienen a dónde regresar? ¿Quién se responsabilizará de que se respeten las normas acordadas para quienes todavía tienen un hogar al cual volver? Y, finalmente, ¿quién podrá garantizar que esta masacre no volverá a empezar al poco tiempo?

Hablando del hacinamiento

Hajra (*Jây-ra*) lleva más de dos años en el campamento. Vive ahí con su marido, su hija de trece años y su hijo de ocho. Su esposo fue herido en el frente, y aunque se recuperó bien, a menudo tiene problemas en la espalda y fue licenciado del ejército. Antes de la guerra tenían una granja de importante extensión en un pueblo, donde vivían también sus suegros, sus tres cuñados y las familias de éstos. La mayoría en el pueblo eran musulmanes, y cuando los serbios lo tomaron, quemaron y destruyeron todas las construcciones. A Hajra le preocupa que aunque puedan volver un día, ya no existe su casa, y de todos modos su marido difícilmente podría llevar a cabo el tipo de trabajo que hacía antes. Ella nunca trabajó, ya que se casó al salir de la escuela, a los 18 años, y no tiene una profesión.

Aun así, es una mujer emprendedora y busca la manera de llenar su tiempo. Trabaja clasificando la ropa que llega al depósito del campamento, por lo cual percibe una módica compensación, y teje, además de supervisar de cerca el avance escolar de sus hijos. Lucha por todos los medios para mantener la unidad familiar, a pesar de las dificultades que representa formar parte de una gran comunidad anónima. Su marido es muy hábil con las manos y hace trabajo de mantenimiento en las instalaciones del campamento, así que tienen algo de dinero propio.

Los comentarios de Hajra sobre la vida en el campamento son muy perspicaces, y en ocasiones saca a relucir un agudo sentido del humor. Dice:

Antes de la guerra, en Yugoslavia teníamos un muy buen nivel de vida. En serio, los demás países comunistas nos lo envidiaban. Yo desde que me casé tuve casa propia, y me parecía de lo más normal, pero ahora estamos todos apretujados. Es muy duro vivir con tanta gente encima constantemente. A medida que pasa el tiempo, la falta total de privacidad se vuelve más difícil. ¡Tengo la impresión que la señora en la cama de al lado sabe que voy a estornudar un minuto antes de que suceda! Imagínate lo que es para una pareja dormir con los niños en la litera de arriba, luego súmale otras doce personas que antes ni conocíamos... No es que sean malas personas, pero no son na-

da mío, y tengo que estar con ellos todo el tiempo. En este cuarto estamos personas de todas las edades, de diferentes partes del país, de distintos estratos, todos revueltos y todos observándonos unos a otros porque no hay nada más que ver... Lo único que tenemos todos en común es la guerra, así que cuando conversamos, sólo hablamos de eso; nos ponemos el dedo en la llaga y nos desgarramos por dentro todo el tiempo.

Recuerdo el día en que una anciana le pegó a mi hijo porque agarró sus cosas, y yo no sabía qué hacer. Quería arremedarla porque, a fin de cuentas, ni que fuera su abuela para estarlo corrigiendo, pero a la vez me daba lástima. Ella está completamente sola y se aferra a sus cosas y su espacio, aunque sólo sean un catre y una caja, es lo único que tiene. Además, sabía que muchas veces le había molestado el ruido de los niños jugando aunque nunca había dicho nada. Me tardé tanto pensando qué hacer que ya era demasiado tarde para decirle cualquier cosa.

Sé que otras mujeres dicen que tengo mucha suerte porque tengo a mi marido a mi lado. Claro que ya no tengo la angustia de saberlo en el frente, pero no es tan sencillo, porque veo cómo se va desmoronando poco a poco porque no puede sacarnos de aquí. Él siempre fue tan responsable y orgulloso, y eso lo está acabando. Recientemente empezó a beber mucho, y esto me entristece. Siempre se echaba sus copas de vez en cuando y no me molestaba, nunca fuimos religiosos ni nada¹ pero ahora siento que se está pasando... Trato de apoyarlo y alentarlo, pero en el fondo aquí todos estamos impotentes. A veces siento que más bien tengo tres hijos porque, lo que se dice intimidad, no hemos tenido en muchísimo tiempo.

Por otra parte, la educación de los hijos es particularmente difícil por las mismas condiciones de vida. Perdieron ya parte de su infancia, de por sí no tendrán los recuerdos de niñez despreocupada y segura que todo niño merece. Luego, aquí, estamos revueltos gente de todas las edades. Muchos de los peque-

¹ Los musulmanes tradicionalistas no toman alcohol, ni comen carne de puerco, pues está prohibido por su religión.

ños quieren juntarse siempre con los adolescentes, y eso no está bien. Están llevando un estilo de vida y usando un vocabulario que no es apto para su edad, y se pierden otra parte de su infancia. Yo trato de que Edo, mi hijo, se junte con amigos de su edad, pero es difícil controlar eso en estas circunstancias.

Lavar la ropa era una de las tareas más arduas. Hay pocos lavaderos, viejos abrevaderos de piedra donde sale apenas un chorrito de agua fría, y se usan para todo: lavar trastes, ropa, cepillarse los dientes, rasurarse o darse un baño de pies. A Hajra le resultó cómico recibir en una ocasión una caja de detergente que en la parte trasera indicaba cuánto producto poner y qué telas lavar a 60 grados, a 40 grados, a 20 grados, etcétera. ¡Desde luego no indicaba cuánto poner si se lavaba a mano en agua a 4 grados! Finalmente Hajra logró comprar una vieja lavadora descompuesta que su marido reparó. Ahora ella no tiene que batallar tanto, y su marido la pasa mejor porque se las presta a los demás refugiados, a cambio de una cerveza por cada carga de ropa.

Agujetas de lamé dorado

En el campamento hay un depósito de ropa de ayuda humanitaria, donde le toca a cada familia o jefe de familia escoger ropa periódicamente. La mayoría es ropa de segunda mano, a veces está en buenas condiciones pero a veces no sirve ni para trapos. Es deprimente pensar que hay gente que cuando se les pide un donativo para ayudar a los que nada tienen, sacan del closet o algún cajón una prenda ya inservible y piensan “esto está bien para un refugiado”, como si por el hecho de serlo perdieran todo derecho a querer estar presentables y bien arreglados. Otro problema común es que en invierno, cuando la temperatura puede llegar a -14 grados, llegan blusas de encaje y sandalias.

También hay ropa nueva, docenas de prendas iguales en uno o varios tamaños, donadas por los fabricantes, a veces por un auténtico deseo de ayudar, a veces porque sobraron al terminar la temporada y ya no podrán venderse, y otras porque no tuvieron el éxito

esperado y se les quedaron. El depósito tiene entre los refugiados el irónico nombre de “la boutique”, y cuando les toca ir nunca saben qué van a encontrar.

Las madres suelen escoger ropa para sus hijos, sacrificando la posibilidad de tomar algo para ellas mismas, ya que sólo pueden llevarse un número determinado de artículos. La mayoría se esmera para que sus hijos estén bien vestidos, y es común verlas haciendo arreglos para que alguna prenda les siente mejor, o inclusive bordando flores y figuras para tapar alguna mancha en un pequeño vestido.

En la primavera de 1995 llegó a la boutique una dotación de zapatos tipo tenis, con típica suela de hule blanco, pero con tela de lamé dorado. Probablemente era de los artículos que no se habían vendido tan bien como supuso el fabricante.

A Ranka le había tocado ir a sacar ropa, y llevó a Goran, su hijo de cinco años, para probarle algunas cosas. Goran vio los tenis y le parecieron maravillosos. Por más que Ranka le dijera que no era posible que quisiera eso, el niño insistió tanto que salieron con ellos. Inmediatamente después Goran comenzó a cuestionarse si había sido una buena idea, ya que su madre originalmente los había criticado tanto. Sabiendo que no tenía otros zapatos apropiados para la primavera, y que no volverían a ir a la boutique en al menos mes y medio, Ranka tuvo que insistirle que de hecho se veían muy bien, y buscar confirmación entre otras personas. A toda la gente con quien se detenía a platicar les pedía “por favor, dile que sus zapatos son muy bonitos” y a las madres les advertía “si te toca ir en estos días a la boutique, no llesves a tus hijos, ¡a menos que quieras que salgan con unos zapatos iguales!”, aunque ya a otras madres les había pasado algo similar. Goran se convenció del éxito que tenían sus tenis dorados, y se los presumió a los demás niños del campamento, quienes además se enteraron de que había muchos. Varias otras madres padecieron una campaña de sus hijos para que les consiguieran sus propios tenis dorados, y a los pocos días se veían por todo el campamento, cintilando al sol mientras los niños jugaban y corrían. La actitud de los adultos cambió bastante rápido: ciertamente les seguían pareciendo horrendos, pero daban un poco de fantasía a la vida de los chicos, que tanto la necesitaban.

Pensando en el presente y el futuro

Los refugiados en Croacia vienen de diferentes partes de Bosnia. Hay campesinos y ciudadanos, comerciantes y profesionistas. Algunos fueron víctimas de la limpieza étnica practicada por los serbio-bosnios, mientras que otros tuvieron que huir a raíz de los combates entre croata-bosnios (católicos) y bosniacos (musulmanes) en 1993. La mayoría no tiene dinero alguno, aunque otros lo reciben ocasionalmente de familiares que viven en otros países, o lograron salvar algunos de sus ahorros. A pesar de esta gran diversidad, hay ciertas constantes en todos ellos, en lo que concierne a su patrón de conducta en su condición de refugiados.

En lo referente a su actitud ante la vida y sus circunstancias actuales, hay tres grupos básicos, aunque desde luego hay matices según la edad, el estado familiar y las esperanzas reales de poder algún día regresar a su lugar de origen.

El primer grupo lo conforman las personas que no quieren regresar a Bosnia jamás. Sufrieron demasiado allá y no pueden contemplar volver al lugar de los hechos. El segundo es la gente que no hace ningún plan en cuanto al futuro. Viven día a día, apáticamente, y a menudo están sumidos en la depresión. En muchos casos saben que su hogar, o incluso todo su pueblo, fue destruido, y aunque pudieran volver a su patria, no tendrían donde vivir. El tercer grupo es la gente que "vive de la maleta". Piensan únicamente en cuándo podrán volver a su hogar, y viven sólo en espera de ese momento. No hacen ningún esfuerzo por instalarse en donde están y generalmente rechazan completamente la idea de ir a vivir a otro país, para no alejarse más de su patria.

La mayoría de la gente nunca quiso esta guerra, ni puede entender cómo las cosas llegaron a tales extremos. Sólo anhelan la paz, y la oportunidad de reconstruir su país de algún modo. Muchos consideran que todavía sería posible la convivencia entre los diferentes grupos que habitaban Bosnia. Desde luego no podría ser exactamente igual, pues persistiría el recuerdo de lo que pasó, pero piensan que la guerra es cosa de los políticos y de los extremistas convencidos por sus discursos nacionalistas, que todavía puede haber esperanza para los demás.

Después de todo, antes de la guerra la gente tenía amistades de todas las religiones y eran comunes los matrimonios mixtos. En este sentido, un dato alentador es que en Sarajevo, desde que comenzó la guerra, el porcentaje de matrimonios mixtos apenas si ha disminuido. Basta con ver que en los campamentos viven juntos bosnacos y croata-bosnios, algunos de los cuales fueron víctimas de la guerra entre estos dos grupos en 1993. Durante un tiempo fueron enemigos, pero aun cuando imperaba esta situación, los refugiados convivían en los campamentos. Todavía mucha gente, aunque desconfie de las motivaciones y acciones de los políticos de los demás grupos, juzga a los individuos por lo que son como personas.

Amados enemigos-matrimonio mixto

Cuando Vera conoció a Mak en Ilijas (*Ī-li-yash*), un pequeño poblado no lejos de Sarajevo, nunca se imaginó que fuera a ser un problema el hecho que ella fuera serbia (serbio-bosnia, nacida en Bosnia de religión ortodoxa) y él producto de un matrimonio mixto entre musulmán y croata. Se enamoraron, se casaron, y tuvieron un hijo que lleva un típico nombre serbio y apellido musulmán. Era una familia como cualquier otra, hasta abril de 1992...

Estalló la guerra e Ilijas casi inmediatamente pasó a ser parte de la República Serbia de Bosnia; la población croata y musulmana quedó a merced de los rebeldes serbios, o chetniks, como se les dice. Por ser un matrimonio mixto, Vera y su familia perdieron todos sus derechos, y Mak el trabajo. Habían instalado en la planta baja de su casa un pequeño gimnasio que empezaba a dejar dinero como empresa privada, pero todo el equipo, e inclusive el local, fueron confiscados y puestos al servicio de la policía del lugar. Vera todavía podía salir a la calle, su marido no. Aún así, como tenía apellido musulmán, no podía comprar alimentos ni medicinas, y difícilmente le llegaba a tocar algo de ayuda humanitaria. Siempre que salía se exponía a escuchar burlas sobre su marido: la gente lo llamaba "turco" o "ustasha", que son las palabras peyorativas para indicar a los musulmanes o croatas.

En mayo de 1992, las autoridades empezaron a revisar cada barrio, casa por casa, preguntando dónde vivían croatas o musulma-

nes, para matarlos o expulsarlos. Sus vecinos serbios escondieron a toda la familia el día que los soldados los buscaban, pero les aconsejaron que huyeran si querían salvar la vida. El 15 de junio abandonaron Ilijas y fueron a Breza, ya que la Cruz Roja local había organizado un intercambio entre ambos poblados. Dejaron Ilijas únicamente con una bolsa de pertenencias, y la certeza de que nunca regresarían.

En Breza el ejército bosnio reclutó a Mak, mientras que Vera y el niño siguieron hasta Kiseljak (*Ki-sel-yak*), a unos 25 kilómetros. Su marido duró dos meses en el ejército, donde se enfrentó a un gran dilema: pretendían que participara en el ataque a la región de Ilijas, teniendo que disparar contra sus antiguos vecinos y amigos, incluso su misma familia política...

¿Desertó? Es de suponerse, aunque Vera no entra en detalles al respecto. El caso es que él también llegó a Kiseljak, región controlada por los croatas. Durante algún tiempo todo iba bien; habiendo sido radioaficionado durante 17 años, Mak rápidamente encontró trabajo en la radio local, y recibían alimentos de la organización católica Cáritas.

Pero en abril de 1993 todo volvió a comenzar. Tras meses de tensión entre la población croata y musulmana en los alrededores de Kiseljak, estalló la guerra entre ellos. Ahora Mak era considerado como musulmán, debido a su apellido, pero lo obligaron a unirse al HVO, el ejército croata-bosnio. Pasó dos meses en el frente antes de que descubrieran que tenía experiencia con explosivos y lo enviaran a trabajar en la producción de material bélico, a veces durante 18 horas diarias.

Ya no recibían alimentos de Cáritas, donde les dijeron que solicitaran ayuda de Merhamet, una organización caritativa musulmana, pero los croatas no permitían que Merhamet trabajara allá. Tuvieron que dejar el departamento donde se habían instalado y se mudaron a un molino abandonado. En ese momento la escasa comida que tenían era para el niño; Vera durante semanas se alimentó exclusivamente de lo que podía encontrar en los alrededores; miel, para gran desconcierto de su hijo, a quien le parecía injusto que su madre únicamente comiera dulces.

En el molino la policía los "visitó" varias veces, buscando armas escondidas. No podían salir de Kiseljak porque no tenían dinero

para comprar su libertad, y tuvieron muchos problemas con la gente que los rodeaba, nuevamente a causa del apellido. Las cosas llegaron a tal grado que le prohibieron a su hijo que dijera cómo es su apellido, y hasta la fecha el pequeño se niega a pronunciarlo.

Al cabo de cierto tiempo volvieron a recibir alimentos de Cáritas, con lo cual pudieron sobrevivir. Cuando reabrieron las carreteras, Vera y su hijo dejaron Kiseljak a pie. Su marido no pudo obtener el permiso para viajar porque su trabajo era valioso. Más adelante él también lograría huir a escondidas.

Vera siguió un camino largo y rebuscado para llegar a Croacia, donde ingresó ilegalmente en 1994. Durante el trayecto llegó a comer pasto, pues no quedaba nada para ella después de darle al niño la poca comida que conseguía.

Con la ayuda de amigos, Vera pudo instalarse en un campamento para refugiados, donde recibió la noticia de que su marido había logrado llegar hasta Holanda, y que se encontraba legalmente en calidad de refugiado. El trámite para conseguir la visa necesaria para reunirse con Mak duró meses. Pagaba los viajes a Zagreb y los trámites en esa ciudad vendiendo en el mercado local la ropa que recibía como ayuda humanitaria. Los trámites y las mortificaciones parecían interminables. Finalmente consiguió una visa de turista para Alemania, desde donde cruzó la frontera con Holanda. Una vez allí tuvo que pasar cierto tiempo en un campamento de tránsito, antes de reunirse por fin con su marido.

Desde entonces viven en un departamento y reciben dinero del gobierno para sus necesidades, pero Vera no pretende quedarse ahí. Ahora está tramitando la visa para que vayan todos juntos a Canadá, para "vivir lo más lejos posible de Bosnia..." Como dice, en su familia todos deberían ser enemigos de todos, y vivan donde vivan en Bosnia, siempre serán vistos con recelo.

Además de la actual guerra, Vera también huye de la que le seguirá. Dice: "Sabes, en la ex Yugoslavia a cada generación le tocaban dos guerras, no una como en el resto de Europa. Aunque esta guerra termine pronto, habrá otra en algunos años... yo no puedo volver a vivir eso, ni darle semejante futuro a mi hijo. Tengo que irme lejos."

Sin equipaje y sin esperanzas

Los combates alrededor de la ciudad de Doboj (*Dó-boy*) fueron sangrientos. En un principio el ejército bosnio logró defender la ciudad, a pesar de los empedernidos ataques serbios. Luego perdieron terreno, aunque lograron retomar algunas de las posiciones perdidas. Cuando la ciudad finalmente cayó, la población pagó con creces su resistencia y las bajas de los vencedores. Muchos hombres fueron detenidos y muchas mujeres violadas. Quienes se salvaron de las masacres fueron golpeados en plena calle antes de ser obligados a emprender una larga marcha hacia el territorio bajo control del gobierno bosnio.

Azra enfrentó todo esto sola, pues su marido peleaba en el ejército. Durante el éxodo perdió contacto con aquellas amistades que habían sobrevivido, así que al llegar a la línea del frente estaba sola con sus tres hijos. Después de algunas semanas fueron transportados a Croacia en un convoy humanitario. Poco después de llegar recibió la noticia de que su marido había muerto en el frente semanas antes. Nunca se ha atrevido a decirle a sus hijos que son huérfanos, ellos creen que su padre está en Dinamarca.

Azra ahora tiene 33 años, aunque aparenta más. Una mujer que en su tiempo debe haber sido muy guapa, ahora tiene las comisuras profundamente marcadas, canas prematuras, voz ronca de tanto fumar y la mirada apagada la mayoría del tiempo. Desde hace más de dos años ella y los niños, uno de ocho y dos de seis años, viven en un campamento para refugiados.

Para Azra el futuro es igual que el presente, pues no tiene a dónde más ir; está resignada a pasar un tiempo indefinido en el campamento. Desconoce el paradero de su único hermano y no tiene otros parientes o amigos en el extranjero que le pudieran ayudar a buscar una nueva vida. Ya no tiene energía como para hacer los trámites de solicitar su inscripción en las listas de ACNUR, y ver si le pueden conseguir asilo en otro país, ni cree que a ella le ayudarían. No habla otro idioma ni se siente capaz de aprenderlo. Además, la idea de vivir fuera del campamento le da miedo; siempre fue ama de casa y no tiene profesión. No sabría cómo mantener a sus hijos.

La vida siempre es desgastante en un campamento para refugiados, y más cuando no se tienen esperanzas de dejarlo. Azra pasa los

días en la apatía, pensando la mayoría del tiempo en lo que puede haberle sucedido a su hermano y los amigos que siguen en Bosnia, y repasando mentalmente cómo se desmoronó su vida. No tiene paciencia para ocuparse de sus hijos más que por lapsos breves, cuando se vuelca en manifestaciones de cariño. A menudo se sume en la depresión, recordando nostálgicamente su vida antes de la guerra, y a veces, al ver la realidad, la amargura y la frustración le hacen perder los estribos. Frecuentemente golpea a sus hijos sin motivo aparente o cuando sus faltas no merecen tal castigo, y aunque la demás gente en la habitación lo presencian o lo escuchan, no se atreven a hacer nada al respecto. Si hablaran con algún trabajador social seguramente se enteraría también el director del campamento, un militar croata de comportamiento errático, y quizá sería echada de allí.

Los niños tratan de animar a su madre cuando están con ella, pero se han percatado de que es mejor para ellos pasar todo el tiempo posible fuera de la habitación, para no exponerse a los golpes. Son solidarios entre sí, aunque algo huraños con los desconocidos, sobre todo si sienten que se les mira con lástima o se está juzgando a su madre.

Cartas de amor a la patria

*¿No echas de menos, Banja Luka,
la gran mezquita?
¿Y la luz sobre el río,
a la bora del rezo nocturno?*

Canción popular

En los lugares más inesperados aparecen de pronto seres especiales. Tal es el caso de Aida, que aun presentándose en unos *pants* deslavadados, unas chanclas algo grandes para sus pies, el cabello rizado despeinado por el viento y los ojos hinchados por el sueño, proyecta una belleza que es más impactante por ser inconsciente. Aunque ella se describe como una persona común y corriente, tiene un aura y una chispa en los ojos nada común y corriente entre la gente deprimida y vencida que la rodea.

Aida nació hace 14 años en Banja Luka (*Bán-ya Lu-ka*), musulmana en una ciudad que más adelante se volvería plaza fuerte del

ejército serbio-bosnio, y escenario de una brutal campaña de limpieza étnica. Su familia padeció persecución y finalmente tuvieron que abandonar Banja Luka, después de ceder su casa a las autoridades para poder salir. Una vez llegados a Croacia, su padre solicitó a Estados Unidos visa para refugiados, que les fue otorgada.

Aida realmente no quería ir, aunque el idioma no fuera un problema para ella, ya que desde antes hablaba algo de inglés, y desde siempre le había interesado conocer a gente de otros países y saber cómo viven. Decía: "Es demasiado lejos, siento como si estuviera dándole la espalda a mi país, abandonándolo..." Por otra parte, tenía un novio croata-bosnio que también estaba en el campamento y no quería decirle adiós.

Estando en el campamento, recibió una carta de su mejor amiga en Banja Luka, mediante el servicio de correo de la Cruz Roja Internacional. La chica en cuestión es serbia y le escribió: "Ahora vive en tu casa una familia que no conozco, ni quiero conocer. Trato de no pasar por allí, me duele tanto que tú no estés, y te extraño tanto." Aida estaba cabizbaja tras leerla, pero de pronto le volvieron a brillar los ojos y exclamó: "Sabes, algún día voy a regresar. No sé cuando, pero voy a regresar. Esa es *mi* ciudad, es *mi* país, y nadie logrará mantenerme alejada para siempre." Lo dice con tanta firmeza, y a la vez con tanta dulzura, que es difícil no creerle.

Aida vivió situaciones muy traumáticas en Banja Luka, donde cada noche ponían barricadas frente a las puertas y ventanas usando muebles, con la esperanza de cerrar el paso si alguien pretendiera entrar a agredirlos. Cada noche parecía una eternidad de miedo e incertidumbre, donde se agradecía la llegada del día por la esperanza de sentirse más seguros con la luz del día, aunque fuera sin haber descansado. El campamento mismo es un entorno traumático pues es imposible olvidar lo padecido. Aida, su hermano, sus padres, abuelos y un tío viven en un espacio sumamente reducido en el rincón de una habitación donde hay otras catorce personas, y están atentos a reglamentos y horarios que les quitan cualquier posibilidad de simular que toman una decisión, por pequeña que sea, en sus propias vidas. Para Aida todo esto es denigrante, y aunque acepta la realidad de momento, no está resignada. Sabe que no regresará a Bosnia en mucho tiempo, pero mientras tanto piensa prepararse para serle útil a su país un día.

A Aida le gusta escribir, y aunque en los últimos años su educación formal no ha sido regular, tiene el don de la palabra. La llave de su diario cuelga de su cuello en una pequeña cadena, y lo abre en raras ocasiones para compartir, con cierta timidez, lo que contiene. Uno de sus textos es una carta que le escribió a su patria para Año Nuevo, y tuvo tal éxito con quienes la conocieron que se decidió a leerla en el evento organizado por el campamento para celebrar la llegada de 1995. El público había estado distraído y ruidoso en los números anteriores, pero a medida que Aida leía se fue haciendo un silencio profundo, y para cuando terminó mucha gente tenía lágrimas en los ojos. Esto es lo que escribió:

PATRIA MÍA, TE LLEVO EN EL CORAZÓN

Estoy lejos de ti, patria mía, lejos y sin embargo tan cerca... En este momento preciso estás en mi pensamiento, y en mi corazón, en cada una de las partes más ínfimas de mi cuerpo. Tú, patria mía, estás sangrante y herida, y sin embargo sigues de pie y orgullosa. Así seguirás, oh país mío, y así también todos nosotros que estamos en este mundo lejano y sin misericordia, ya que creemos en ti, y sabemos que tú nos esperas como antes, en las flores de los árboles frutales y en el olor de la primavera. Porque tú eres nuestra única luz, la lámpara que nos guía en la oscura e incierta lejanía, la única esperanza de un mejor mañana para nosotros, la gente común y corriente.

Nunca presentimos en nuestra infancia despreocupada que quedarían sólo unos recuerdos y memorias brumosos. Recuerdos de aquellos días que pasamos en tus prados perfumados, de correr incansablemente por tus largas calles, y de nuestros primeros amores; todo eso nos fue arrebatado por personas crueles, sin corazón. Nos quitaron todo lo que teníamos dentro, marcándonos con el sello de la Bosnia herida. Tu espíritu envenenado, tus flores primaverales aniquiladas, tus ramas rotas, toda tu extensión herida. Bosnia mía.

Sin embargo, no temas, oh país único, puesto que en algún lugar, lejos, tienes a tus hijos, tu descendencia. Todos nosotros, con dolor en el alma, y con una tristeza sin fin en los ojos apa-

gados, esperamos que de nuevo, oh país mío, nos extiendas tus brazos cansados. Nosotros te construiremos de nuevo y crecemos junto contigo, Bosnia. Hasta ese entonces, país mío, estarás en nuestros pensamientos y en nuestro corazón, envuelto en el manto del amor de tus hijos, en nuestros sueños, en los cuales a veces buscamos irnos de este mundo y encontrar otros donde haya dicha y alegría, un mundo lleno de bondad y de calor, sin gente mala, para crecer allí.

Pero este sueño termina siempre al llegar la mañana, desaparecen en la bruma matinal todos los demás sueños irreales, y aparece algún nuevo sueño como un soplo que arrulla los días de los refugiados. Después de cada noche, me pregunto: ¿cuánta ansiedad hay que sufrir antes de ver nuevamente tu cara conocida y querida? Y tus grandes campos verdes donde tantas veces corrí, feliz como un pequeño pájaro que sabe que tiene su nido donde puede regresar después de un vuelo cansado, y encontrar una dulce felicidad al llegar al umbral del hogar. Todo esto desapareció entre las garras de esa gente sin valor.

En nuestro corazón llevamos la huella de las lágrimas vertidas, el dolor de los niños que han quedado solos, de las madres ya sin los hijos con los cuales hasta ayer vivían alegres en la prosperidad que fue nuestra vida, de quienes brutalmente perdieron a sus padres, hermanos, hermanas. De nuevo con lágrimas termina este destino muy triste. Nosotros no tenemos hogar propio, pero todavía creemos que hay esperanza y que el amor de la gente común y corriente vencerá, y que todos nosotros, cuando hayamos vencido, estaremos de nuevo en tu abrazo y viviremos felices con nuestros seres queridos en el calor del hogar, todos las personas comunes y corrientes.

Muchos de nuestros padres y hermanos han caído por ti, oh Bosnia, para que seas nuestra como siempre lo fuiste, y por nosotros, la gente inocente, que espera vivir en la paz y la libertad. Resiste todavía un poco, patria mía, aguanta las heridas y las destrucciones. Y que quede lo que siempre has sido: una sola y única, orgullosa y altiva Bosnia-Herzegovina

Aida O.
14 años

La burocracia internacional y sus víctimas

*Lejos está Bosnia,
cuán lejos...*

Canción moderna

Los refugiados en Croacia deben apegarse no sólo a las leyes locales, sino también a una serie de reglamentos específicos para ellos. Tienen que estar registrados en la policía y renovar el registro periódicamente. Deben llevar siempre consigo la tarjeta de refugiado como medio de identificación. Los portadores de dichas tarjetas no pueden trabajar legalmente, aunque hay quien consigue un pequeño empleo no declarado, o trabajan para organizaciones humanitarias.

Cuando llegó la primera ola de refugiados croata-bosnios, el presidente de Croacia, Franjo Tudman, estableció que tenían derecho al pasaporte croata si lo deseaban. En la práctica, este derecho se volvió una obligación, ya que para inscribir a un niño en la escuela tiene que tener pasaporte croata. Los niños bosnios (musulmanes) no tienen derecho al pasaporte y, por lo tanto, a la escolarización. Para ellos el gobierno bosnio mantiene escuelas en algunas ciudades, donde siguen los planes de estudio oficiales del Ministerio de Educación de Bosnia. Sin embargo, no todos los niños tienen acceso a una escuela, y muchos adolescentes que perdieron uno o dos años de clases no quieren regresar a sus estudios.

El derecho al pasaporte croata en ciertos sentidos resulta un flaco favor para los croata-bosnios. Aunque no les da forzosamente el derecho a trabajar, es probable que los jóvenes sean llamados al servicio militar, ya sea en el ejército croata en sí, o en el HVO, el ejército croata-bosnio. Por otra parte, aunque muchos tengan también el pasaporte bosnio, están casi automáticamente excluidos de recibir asilo en otros países, ya que se los considera ciudadanos croatas y su país técnicamente está en paz y es seguro. La ironía es que aun teniendo dicho pasaporte, la población croata a menudo los ve con recelo y los trata con frialdad.

Muchos refugiados desean ir a vivir permanentemente a otro país, y siguen largos procedimientos para conseguir las visas necesarias. Los países más populares son: Alemania, Austria, Dinamarca, Holan-

da, Suecia, Estados Unidos, Canadá y Australia. Alemania y Austria tienen las ventajas de estar cerca, y habiendo ya muchos refugiados bosnios allá, existe la posibilidad de unirse a una comunidad de conciudadanos. Por otra parte, mucha gente estudió alemán como idioma extranjero en la escuela, y por ende en estos países no tendrían problemas de comunicación. Dinamarca, Holanda y Suecia son populares porque también han recibido a mucha gente que tienen un buen nivel de vida, gracias a la ayuda del gobierno. Estados Unidos, Canadá y Australia tienden a ser escogidos por gente que no pretende regresar a Bosnia.

A Francia e Inglaterra poca gente se molesta ya en pedirles asilo, puesto que es sabido que casi no otorgan visas. Sin embargo, la desesperación por salir hace que la gente le pregunte a cualquier extranjero que conozca si puede ayudarles a ir a vivir a su país, aunque sea uno del cual no saben nada, como México.

A pesar de que varios países, como Estados Unidos, tienen embajadas en Bosnia, en Sarajevo, todos los trámites para solicitar estatus de refugiado deben realizarse en Croacia, en su embajada en Zagreb. Esto establece el prerrequisito de estar ya en Croacia o de obtener visa para llegar ahí, lo cual no siempre es fácil. Los países que no tienen embajada en Croacia manejan las solicitudes por correo; en el caso de Australia, a través de su embajada en Austria. Esto lógicamente retrasa aún más el procedimiento.

Los países que aceptan refugiados lo hacen de dos formas: le ofrecen al Alto Comisionado de Naciones Unidas para Refugiados (ACNUR) una cuota mensual o anual para los casos que ellos manejan, aunque pueden poner condiciones, como aceptar a 500 ex internos de campos de concentración. ACNUR tiene listas de casos a su cargo y trata de obtenerles visas para los diferentes países. Los refugiados que desean emigrar pueden inscribirse en estas listas para que ACNUR busque la manera de colocarlos. Es un procedimiento largo que puede no dar resultado, todo depende del perfil de cada caso.

La otra forma es hacer la solicitud y el trámite personalmente en una embajada. Para la mayoría de los países es la forma más rápida, siempre y cuando se tenga algún familiar o amigo en ese país que pueda dar una carta de garantía, y en ciertos casos, una constancia de parentesco. Los que no tienen quién les ayude desde el extranjero pueden, en el caso de ciertos países, hacer la solicitud directa de

todos modos, aunque el índice de éxito es mucho menor. Otros deben hacer el trámite a través de ACNUR.

Cada país tiene sus criterios para otorgar estatus de refugiado, pero todos requieren que se llenen largos formularios, en el idioma del país, y no todos proporcionan intérpretes o traductores. Algunos piden documentos, tales como actas de nacimiento o de matrimonio, que son imposibles de conseguir en muchos casos. Estados Unidos le da a cada solicitante un vale para que sea retratado en un estudio en Zagreb, pero muchos países piden que cada persona proporcione sus propias fotografías, lo cual no siempre les es posible. Para las solicitudes que se manejan por correo, se dan casos de gente que después de llenar el formulario y lograr pagar las fotos, tiene que esperar varios días antes de juntar el dinero suficiente para pagar los timbres necesarios. Cuando hay una embajada en Croacia, casi siempre existe el requisito de una entrevista antes de que se tome la decisión final sobre la visa. Para aquellos refugiados que no viven en Zagreb, los gastos de viajar hasta allá representan otra carga económica.

Después de terminar el procedimiento, en la mayoría de los casos hay que esperar la respuesta durante semanas o incluso meses. Dicha respuesta a veces jamás llega, lo que deja a la gente en un limbo de esperanza. Estados Unidos da la respuesta inmediatamente después de la entrevista, pero luego se tiene que esperar dos o tres meses, o más, antes de viajar. Llegado el momento de ir a Estados Unidos, son trasladados por camión hasta Viena, donde abordan aviones especiales a Nueva York. A partir de ahí son enviados a su destino final por medio de líneas aéreas comerciales. Los gastos del transporte son pagados posteriormente, una vez que comiencen a trabajar, o son absorbidos por los familiares que se responsabilizan con ellos.

Muchas familias están dispersas en varios países, y hay pocos programas para la reunificación familiar de refugiados. Incluso en el caso de matrimonios puede llevar mucho tiempo, y en el caso de padres e hijos o hermanos puede no darse nunca.

La mar de distancia

*Como una tela desgarrada
Vivimos juntos separados
En mis brazos te tengo ausente*

Louis Aragon

Ivanka (*I-van-ka*), es croata-bosnia, de edad avanzada, y vive con su madre en un campamento para refugiados. Tienen un minúsculo cuarto para ellas solas, ya que la anciana es inválida y pasa todo el tiempo en cama. Ivanka tiene que prepararle alimentos especiales y en ocasiones darle de comer, si no tiene fuerzas o la energía suficiente para hacerlo ella misma. Además debe darle masajes diarios para evitar que sus músculos se atrofién demasiado. El último médico que la vio dijo que las irritaciones cutáneas que padecía se debían en parte a que no se le cambiaban las sábanas con suficiente frecuencia, pero esto sucede poco seguido en el campamento, así que Ivanka tiene que lavar las sábanas a mano en agua helada, lo cual agudiza su propia artritis, y después buscar a alguien que le pueda prestar una plancha para secarlas rápidamente. De lo contrario, ella tiene que dormir con apenas una cobija rasposa de un material que le provoca alergias o irritaciones a muchas personas. Tiene que lavar a la enferma regularmente, para lo cual debe apostarse junto a la estufa comunitaria, en espera de que alguna hornilla quede desocupada y poder calentar agua. Todos estos cuidados significan que casi nunca puede salir ni tener tiempo para ella misma. Ha buscado ayuda en organizaciones sociales y caritativas, y durante algún tiempo su madre fue hospitalizada, pero fue dada de alta porque se requería la cama para casos más graves. No había otra alternativa que llevarla de vuelta al campamento, donde su hija siguió atendiéndola.

Ivanka precisa dinero para comprar alimentos, puesto que su madre no puede comer lo que se prepara en la cocina. Ya que pasa la mayoría del tiempo en su cuarto, no ha tenido la oportunidad de hacer amistad con otras personas del campamento, y raras veces viene gente a visitarla y charlar un rato. La salud de la propia Ivanka no es buena, y está siempre cansada y solitaria.

Ivanka se casó hace más de treinta años y tuvo dos hijos. Mirko, su marido, vive como refugiado en Italia junto con uno de sus hijos.

El otro desapareció en Bosnia y no han tenido noticias de su paradero o cuál fue su suerte. En Italia Mirko hace trabajos eventuales y el hijo es mesero en un café, así que pueden mandar un poco de dinero, pero la separación es difícil de sobrellevar. Ivanka no puede viajar a Italia por las condiciones de su madre, además de que no tiene visa para ello, y difícilmente la conseguiría. Los hombres ya tienen estatus de refugiados en otro país, así ya no pueden instalarse permanentemente en Croacia porque no obtendrían el permiso necesario. Además, si volvieran perderían los pocos ingresos que tienen.

En la primavera de 1995 Mirko viajó a Croacia para pasar dos semanas con su mujer, y durante esos días el semblante de ésta cambió. Es palpable el cariño que se tienen, y lo difícil que es estar lejos el uno del otro. Ivanka estaba alegre, platicaba mucho más que antaño y miraba maravillada las fotos recientes que le había mandado su hijo. Cuando alguien se ofreció a tomarles una foto a ella y a Mirko juntos, no cabía en sí de alegría, pues tendría algo para recordar esos días después de que él, inevitablemente, se hubiera marchado.

La generación de Ivanka fue la que sufrió los difíciles años de la Segunda Guerra Mundial y la posguerra, cuando había que sacrificarse para construir un país digno. Todos ellos, con su esfuerzo, lograron una sociedad que tenía el mejor nivel de vida en el mundo socialista. Ya en la vejez, Ivanka esperaba disfrutar tranquilamente los frutos de sus esfuerzos, en compañía del esposo que tanto ama. Dice que todos los sacrificios fueron en vano, puesto que ahora se ha quedado sin nada; hasta de Mirko se ha tenido que separar.

Visiones y definiciones estrechas

PERSECUCIÓN: Acoso a que se somete a un individuo para conseguir algo de él. Imposición de castigos y penas corporales a los adeptos de una doctrina, religión, etcétera.

Diccionario Enciclopédico Argos Vergara

Mila tiene casi setenta años y desde abril de 1992 hasta febrero de 1995 vivió sola en Sarajevo, puesto que ya no tenía parientes en esa ciudad. Su única hija vivía desde hacía varios años en Estados

Unidos, y lo que mantuvo a Mila en pie durante los últimos tres años fue la esperanza de volver a ver a su hija y a sus nietas, que son la luz de su vida.

Aun cuando había comenzado la guerra en Croacia, Mila no podía creer que podría suceder lo mismo en Bosnia, y cuando los hechos ya la habían desmentido, no estaba dispuesta a dejar Sarajevo. ¡Claro!, en un principio nadie pensó que las cosas llegarían a los extremos que llegaron, ni que durarían tanto. Al paso del tiempo, Mila aceptó que tenía que irse, pero era difícil conseguir un lugar en los escasos convoyes que sacaban a civiles, y aun consiguiendo un lugar, le daba miedo la posibilidad de que el convoy fuera atacado.

Desde antes de la guerra había tenido problemas con la tiroides, y llegó a tal punto que tuvo que ser operada. Afortunadamente ella le había dado clases a algunos miembros de una organización humanitaria francesa que querían aprender algo del idioma bosnio, y ellos la ayudaron para que fuera atendida en las instalaciones médicas de la ONU en Sarajevo.

Después de la operación regresó a su departamento, ubicado muy cerca de la línea del frente. Las condiciones de vida empeoraban, casi nunca tenía luz ni agua. Sus vecinos la ayudaban, trayéndole comida cuando había en los puestos de distribución humanitaria y agua, ya que ella no se atrevía a salir, y le temblaban tanto las manos que le era difícil cargar cualquier cosa.

En vista de su situación de salud, su edad avanzada y el hecho de que estaba totalmente sola, su familia finalmente obtuvo el permiso para que fuera evacuada de Sarajevo a Zagreb en el avión de la Cruz Roja Internacional. Una vez en Zagreb, se iniciaron los trámites para que se reuniera con su hija en Estados Unidos, ya que no había sido posible adelantarlos sin que ella estuviera presente.

A pesar de que su hija era residente en Estados Unidos y estaba dispuesta a mantenerla por su cuenta, Mila no podía más que pedir visa de refugiado. En la primera entrevista con los funcionarios que amarrarían su expediente, parecía dudoso que le fuera otorgada porque cuestionaban que hubiese sufrido persecución. La persona que la acompañaba y se encargaba de su caso tuvo la siguiente conversación con dicho funcionario:

—¿La señora sufrió persecución?

—Vivió tres años el cerco de Sarajevo...

—Bueno, pero ¿sufrió persecución?

—Vivió tres años, sola, en Sarajevo, además de que durante ese tiempo se le practicó una operación delicada en circunstancias difíciles...

—Sí, pero su departamento se encuentra en la parte de la ciudad bajo control del gobierno bosnio. Como no vivía en la parte ocupada por los serbios ni perdió su casa, no puede decirse que ha sufrido persecución... Habría que buscarle otro giro al caso para que le otorguen la visa...

Finalmente hubo que plantear que había sufrido “persecución y abuso mental y emocional”. Al parecer, el solo hecho de vivir en una ciudad donde a cada salida se arriesga perder la vida por la bala de algún francotirador; donde los panteones están desbordando y se usan parques, camellones y campos deportivos como cementerios; donde incluso los cortejos fúnebres son blancos de ataques; donde la gente está completamente aislada del resto del mundo, dependiendo enteramente de aquella ayuda humanitaria que llega cuando los serbios permiten que funcione el aeropuerto para el puente aéreo; en cuyo aeropuerto hay pintas que dicen “bienvenidos al infierno”, no es un argumento válido para decir que alguien ha sido perseguido...

Un futuro incierto a cambio de Sarajevo

*Mi Sarajevo,
ciudad única.
Doquiera que vaya,
sueño contigo.
...Sarajevo mi amor.*

Kemal Monteno, compositor

Para salir del territorio libre de Bosnia en principio se necesita sacar el pasaporte bosnio, para luego obtener una visa, aunque sea de tránsito, para Croacia. Bosnia tiene fronteras con Montenegro, Serbia y Croacia, pero puesto que Montenegro y Serbia no han reconocido al país, y directa o indirectamente ayudan a los serbio-bosnios, la única posibilidad es llegar a la frontera de Croacia. La gente joven

difícilmente puede obtener el pasaporte ya que se les necesita para la defensa de su país. Además pueden ser necesarias ciertas otras autorizaciones: si se sale permanentemente y se tiene casa o departamento, éste puede ser requerido para alojar a refugiados de otras partes del país.

En cuanto a Sarajevo, es bien sabido que la ciudad está cercada desde hace más de tres años, y que sus habitantes están atrapados ahí, a la merced de los constantes ataques de los sitiadores. Sin embargo, es posible encontrarse a gente recién llegada de Sarajevo. ¿Cómo se puede salir de esa ciudad? Pues bien, existe una pequeña falla en el cerco que los enemigos no pueden ocupar porque está bajo tierra. Se trata de un túnel, construido justamente para burlar el cordón de armas que estrangula a la ciudad. Antes de que existiera, las tropas o civiles que quisieran alcanzar el resto del territorio bajo control del gobierno bosnio tenían que cruzar las pistas del aeropuerto a pie, quedando expuestos frente a las posiciones de los serbios en los alrededores, quienes les disparaban continuamente. En esa parte los serbios tienen sólo una angosta franja de tierra entre la ciudad y el resto del territorio libre. Necesariamente se producían movimientos de hombres, pero era altamente peligroso y hubo muchas bajas, así que el ejército decidió que era imperativo cavar un túnel debajo del aeropuerto, para que sus elementos pudieran desplazarse.

El túnel, que tiene una extensión de casi un kilómetro, al parecer fue cavado por mineros originarios de Zenica (*Zé-nit-sá*), en Bosnia Central. Es oscuro, de techo bajo, y el nivel del piso es irregular así que en ciertas partes el agua puede llegar hasta la rodilla. Se circula a pie, en un solo sentido, ya que es estrecho. Media hora transitan quienes se dirigen a la ciudad, seguidos por quienes salen durante media hora, y así sucesivamente. Tienen prioridad los militares, ya que fue construido primordialmente por razones estratégicas; sin embargo, los civiles también lo pueden usar, previa autorización anterior o de los dirigentes en la entrada misma.

El paso por el túnel requiere de un gran esfuerzo físico, más aún si se están cargando bultos. El techo bajo hace que la mayoría del tiempo se tenga que estar agachado, o incluso a gatas. Se dio el caso de un hombre mayor que quedó tan agotado por el esfuerzo que al llegar a la salida cayó muerto de un infarto.

Saliendo del túnel hay que caminar entre las ruinas de un pueblo y luego por la montaña hasta llegar a la carretera, donde se toma un autobús hacia Split o Zagreb, un trayecto que dura más de 24 horas puesto que sólo puede seguir rutas dentro del territorio libre (es decir, controlado por musulmanes y/o croatas).

En la estación de autobuses de Zagreb están anunciados los precios de pasajes a Sarajevo, lo cual resulta sorprendente a primera vista, puesto que las rutas que llegan a Sarajevo están bloqueadas. De hecho, el transporte sólo llega a las cercanías de la desembocadura del túnel, no a la ciudad, y de ahí en adelante cada quien tiene que arreglárselas como pueda.

Libertad, cueste lo que cueste

A finales de marzo de 1992, Selma estaba a punto de dar a luz. Era su primer hijo, y todos los abuelos esperaban emocionados la llegada de su primer nieto. Estaba previsto que el parto tuviera lugar en el hospital de Sarajevo, no en su pequeño pueblo de Gacko (*Gáchko*). Así pues, ella y su esposo Haris (*Já-ris*) empacaron algunas cosas para su corta estancia y fueron a la capital. Amra nació el 3 de abril, y el 5 estallaba la guerra en Sarajevo. Para cuando Selma y la niña fueron dadas de alta del hospital, unos días después, Gacko estaba en manos de los serbios y no podían volver. Antes de que Amra tuviera un mes, sus abuelos habían muerto degollados, sin haberla conocido ni en foto.

Selma y Haris se quedaron en Sarajevo en calidad de refugiados, viviendo de ayuda humanitaria, pues habían llegado casi con las manos vacías. Originalmente pensaron aguantar la situación hasta que la guerra acabara, pero después de más de dos años de privaciones y miedo constante, Haris decidió que tenían que salir para darle un futuro a su hija. Si bien no tenían pertenencias, sí tenían dinero, lo cual facilitó obtener los permisos. Tras salir mediante el túnel, llegaron a Zagreb, Croacia, y de ahí fueron enviados a un campamento cerca de la frontera con Hungría.

Una vez ahí, Haris se dedicó a establecer contacto con el hampa de la pequeña ciudad; frecuentaba un bar donde sabía que a una extranjera le habían ofrecido 2 mil marcos a cambio de su pasaporte

y la promesa de no reportarlo como perdido antes de diez días. Hizo algunos discretos comentarios sobre su necesidad de documentos para viajar, y tras varias visitas lo contactó un intermediario que le ofreció pasaportes croatas. Haris siempre supuso que el proveedor era algún funcionario del gobierno, aunque nunca lo conoció. Pagó 8 mil marcos, la casi totalidad de sus ahorros, pero no le pesó. El dinero de nada le serviría para proteger a su familia en Sarajevo, ni le hubiera durado mucho si pretendieran vivir dignamente en Croacia. Soportaron la estancia en el campamento en lugar de gastar en un hospedaje más acogedor para estar seguros de tener lo suficiente para comprar la manera de salir y la oportunidad de ir a donde tendrían la oportunidad de llevar una vida más normal.

Recibió los pasaportes, que eran verdaderos, pero con nombres inventados, típicamente croatas, y sus propias fotografías. Los pasaportes croatas tienen la enorme ventaja de que no necesitan visa para la mayoría de los países europeos, siempre y cuando se viaje en calidad de turista. Quien tenga pasaporte bosnio requiere de visa para todos lados. Para la niña habían buscado largamente un nombre suficientemente parecido pero que no pareciera musulmán, para que respondiera a él y evitar accidentes.

Su plan era viajar a Alemania, y de ahí dirigirse a Suecia. Anteriormente habían enviado sus verdaderos papeles a unos amigos refugiados en Suecia, para que estuvieran a salvo. Una vez allá retomarían su verdadera identidad y pedirían asilo. Suecia permite la estancia a los bosnios que logren llegar allá, aunque en 1995 decidió repatriar a todos los refugiados que tuvieran pasaporte croata.

Una noche de marzo de 1995, Selma, Haris y Amra abordaron el autobús que los llevaría hasta Munich; prometieron ponerse en contacto posteriormente con las pocas personas que compartían su secreto. Desde esa fecha, nadie ha tenido noticias...

Donde hay miseria, aúlla un coyote

Desde principios de la guerra la central telefónica de Sarajevo fue bombardeada, y a partir de entonces gran número de líneas no funcionan. Para recibir llamadas, se busca a algún vecino cuyo apa-

rato siga funcionando, y se reciben comunicaciones allá, ya que los sarajli son enormemente solidarios unos con otros. Lo más difícil es enterarse, desde fuera, cómo o dónde comunicarse con alguien en Sarajevo si su teléfono ya no sirve.

En Croacia la manera más rápida, si se tienen los contactos necesarios, es recurrir a los servicios de alguien como Ferhat (*Fér-jat*), un hombre de apariencia sórdida y mirada escurridiza, que es lo que en México se dice comúnmente un "coyote". Tiene contactos con diferentes personas por todo Sarajevo, de los cuales echa mano siempre y cuando se le pague lo suficiente. Claro que hay que tener cuidado con gente como él, y de preferencia no darle más que la información estrictamente necesaria, en el caso de querer conseguir un número de teléfono, el nombre y la dirección de la persona buscada. Ferhat le habla a alguno de sus socios en Sarajevo que va allá y le pide se informe si hay alguna línea a la cual tenga acceso. En caso contrario, su misma red puede localizar un teléfono cercano, pero este servicio desde luego se cobra aparte. Con suerte, la persona le dará el número de algún vecino, y recibirá instrucciones de estar ahí a una hora determinada. Al cabo de una hora, Ferhat vuelve a hablar con su socio para informarse del número, que luego le proporciona al cliente. Este servicio no sólo se paga en Croacia; a la persona en Sarajevo casi siempre se le pide además una "propina".

Ahora bien, el coyote lo que quiere es enganchar al cliente para un trabajo mayor, entiéndase, sacar a esa persona de Sarajevo, lo cual le deja mucho más dinero. Así que, si ve la posibilidad de lograrlo, posiblemente el servicio por el primer contacto sea gratuito, para establecer la confianza y tener un buen gancho.

Puesto que el coyote ya tiene en sus manos el número de teléfono en Sarajevo, y sabe que esa persona tiene gente en Croacia, puede llamarla directamente para ofrecer sus servicios, incluso diciendo que la persona en Croacia ya está de acuerdo. Desde luego, nunca extiende una lista de precios, pero da claramente a entender que sus contactos pueden organizar todo tipo de trámite.

Inicialmente ofrece conseguir la visa para Croacia, sin aclarar si será verdadera o falsa. Sería fácil de falsificar puesto que en lugar de sellarse en el pasaporte, es una hoja impresa donde se indica que tal persona tiene el derecho de permanecer en Croacia quince días (por ejemplo) a partir de su fecha de entrada. La fecha no se sella

en el pasaporte hasta llegar a la frontera. Esto se debe a que nunca se puede saber a ciencia cierta cuál será el día de llegada a Croacia por las enormes dificultades para viajar, y si las visas tuvieran fechas específicas, podría darse el caso que estuviera vencida antes de emprender el viaje.

Para obtener visa desde luego se requiere antes de pasaporte, y es de suponer que Ferhat también trafica con este tipo de documento y puede conseguirlo para gente cuya edad les dificultaría obtenerlo por vías regulares.

Ferhat saca a la gente de Sarajevo por el túnel, incluso sin que tengan autorización alguna. Si quien va a salir tiene los permisos en orden, ofrece transporte hasta la entrada, y jóvenes que ayuden a cargar el equipaje en la travesía. En una ocasión, tratando de conseguir la encomienda de sacar de la ciudad a una anciana que se declaraba incapaz de aguantar el esfuerzo físico que requiere el túnel, propuso amarrarla a una especie de carrito, tajarla con mantas para que nadie la viera, y llevarla así, arrastrando. A sabiendas de que partes del túnel están bajo agua, resulta difícil creer que alguien osara proponer semejante sistema.

Ferhat es renuente a decir claramente cuánto costaría tal o cual servicio antes de tener seguro un acuerdo, aunque se encarga de averiguar de antemano si alguna o ambas partes tienen dinero. A una pregunta directa contesta que todo depende de qué tanto se tiene que hacer en el caso, pero tras insistir, advierte que por los trámites y el servicio de sacar a alguien, hay que prever un costo mínimo de cinco mil marcos alemanes (unos tres mil quinientos dólares). Esto es una cantidad enorme en una ciudad hambrienta y sin economía activa, donde una pensión de jubilado alcanza para comprar dos panes.

Ferhat también ofrece hacerle llegar dinero a gente en Sarajevo, a través de su red de contactos. Es decir, se le entrega a él la suma en Croacia y luego da órdenes para que algún socio pague el dinero al destinatario, reteniendo ellos un porcentaje. Esta comisión supelementalmente será de diez por ciento, pero una vez iniciado el proceso, no hay manera de controlar la situación, ni garantía de que no se perderá todo. Mucha gente ha perdido grandes cantidades de dinero con este tipo de plan, que han surgido en todo el mundo donde hay personas con familiares o amigos en Bosnia. En Estados Unidos aparecían en periódicos anuncios de organizaciones ficticias que de-

cían trasladar dinero a Sarajevo o sacar a gente de allá. Innumerables personas, preocupadas por sus parientes o amigos y creyendo poderles ayudar, han caído en la trampa. Es una triste realidad histórica que donde hay guerra y miseria, siempre aparecen personas que, fingiendo ayudar, se enriquecen y aprovechan del sufrimiento ajeno. Lo más triste de esta historia particular es que Ferhat es bosniaco, y según personas bien informadas, ha logrado amasar una pequeña fortuna a expensas de su propia gente.

El santo hipócrita

Mirjana (*Mir-ya-na*) es una joven originaria de Herzegovina, nacida en un pueblo no lejos de Medugorije, donde se dice que varios jóvenes veían a la Virgen María y transmitían sus mensajes que pregonaban la oración y la conversión. Medugorije se volvió sitio de peregrinación, y la población de la región se volcó en fervor religioso.

Ahora Mirjana vive en un campamento para refugiados en Croacia, donde tiene que cumplir sus reglamentos al igual que las reglas que le impone su padre, Matko. La familia se dice muy católica, y tienen múltiples manifestaciones de ello (en general externas), algunas de las cuales son totalmente arcaicas y otras de hecho van en contra de las propias enseñanzas de la religión.

Todos los domingos van a misa temprano, y después las mujeres no pueden hacer ningún tipo de trabajo, ni siquiera tejer, y los menores tienen prohibido salir a jugar, aunque Matko sí tiene derecho al entretenimiento, y cada domingo se emborracha con sus amigos.

Mirjana solía ir a los bailes de fin de semana para los jóvenes del campamento. Éstos duran hasta las diez de la noche, momento en el cual se corta la energía eléctrica. En el baile de Año Nuevo apareció inesperadamente Matko, y la vio fumando y bailando con Hasib (*Já-sib*), un chico musulmán. A partir de ese momento le prohibió ir a los bailes o a cualquier evento donde pudiera convivir con él u otros musulmanes. Mirjana pasaba la mayoría del tiempo en su habitación, bajo la supervisión de su madre, pero salía a diario para ir a la escuela, y con la ayuda de sus amigas logró llevar un noviazgo secreto con Hasib. Lamentablemente, un campamento de 700 per-

sonas ilustra el dicho de “pueblo chico, infierno grande”, pues resulta casi imposible mantener un secreto durante mucho tiempo. Un buen día alguien le informó a Matko que su hija estaba viéndose con “un turco”, y su reacción no se hizo esperar: le propinó a Mirjana tal golpiza que durante varios días no se atrevía a ser vista en público. Cuando finalmente emergió de su cuarto, todavía tenía moretones en la cara y marcas de cinturonzos en la espalda.

El noviazgo se acabó. Mirjana tenía que pasar todo el tiempo encerrada o en compañía de algún miembro de su familia, vigilada tan de cerca que un día, cuando estaba formada para recibir la comida, su mirada y la de Hasib se encontraron y se sonrieron tristemente. Matko se puso tan furioso que inmediatamente decidió alejarla, y a los pocos días Mirjana fue enviada a Herzegovina, a casa de una tía que no vivía lejos de la línea del frente.

Autoexilio, amor y añoranza

*Destruyeron en Mostar
un puente que tenía 427 años.
¿Cuánto tiempo tomará
destruir su vergüenza?*

Ivan Kordic, poeta

Nadie parece saber cómo se llama realmente este hombre, de unos 35 años, al que se conoce únicamente como “el Herzegovino”, pues es originario de Mostar (*Mós-tar*), la capital de Herzegovina. Abandonó su ciudad ante la posibilidad de ser reclutado por el HVO cuando la guerra entre croata-bosnios y bosniacos dejó casi completamente destruida la ciudad de Mostar y causaba estragos en Herzegovina. Parte de la ciudad estaba en manos de los croatas, quienes expulsaron a los musulmanes que vivían ahí. Éstos cruzaron el río y se refugiaron en la otra parte, bajo control de las tropas del gobierno bosnio. “El Herzegovino” no estaba dispuesto a participar en la destrucción de la ciudad que tanto ama, ni a disparar contra los amigos musulmanes que se defendían.

Siendo católico, no tuvo problemas para entrar a Croacia, y fue a instalarse a un campamento donde ya vivían su hermana y

sobrinos, que antes de la guerra habían vivido en otra parte de Bosnia.

El día que el viejo puente de Mostar, símbolo de la ciudad, se derrumbó bajo los bombardeos croatas, “el Herzegovino” lloró, se emborrachó y volvió a llorar. Su ciudad nunca volvería a ser la misma de antes...

Ahora Mostar está en paz, salvo ocasionales bombardeos de las posiciones serbias en las colinas al este, pero la ciudad sigue dividida en dos partes, con diferentes alcaldes y gobiernos. El río Neretva es la demarcación entre la parte bosniaca y croata, con soldados de Unprofor protegiendo los escasos puntos de cruce entre un lado y otro. En la parte musulmana no hay un solo edificio intacto, y muchos están totalmente destruidos. La parte croata está en condiciones algo mejores, y ha reanudado el comercio, donde se paga con kunas, la moneda de Croacia.

Varias personas le han preguntado al “Herzegovino” por qué no regresa, pues no se está tan mal en la parte croata de Mostar, y la comunidad internacional está ayudando en la reconstrucción y (supuesta) reconciliación de la ciudad. Pero él no puede pensar en regresar mientras su ciudad esté dividida: “no se puede amputar una parte y seguirla llamando Mostar. Mientras no pueda yo, o cualquier otro, andar por donde sea, libremente, no quiero volver. Yo no soy ‘de la ribera derecha de Mostar’, ni mis amigos eran ‘de la ribera izquierda’. Todos éramos de Mostar a secas”.

Cuando habla de Mostar inevitablemente termina hablando del “Stari Most”, el “Viejo Puente” construido en 1566, cuando formaba parte del imperio otomano. Era el orgullo de Mostar y sus ciudadanas; el nombre de la ciudad misma se deriva del puente. Su fama rebasaba las fronteras del país —se le habían escrito poemas y lo pintó el gran pintor húngaro Chontvári, entre otros—. La pérdida del puente es un trago amargo para todos y “el Herzegovino” dice: “La comunidad internacional dice que ayudarán a construir un nuevo Stari Most, pero ¿cómo se puede construir un nuevo puente viejo? Cuando se derrumbó, se derrumbó también una parte de todos nosotros, y eso tampoco nadie lo puede reconstruir...”

Militar de corazón, en la práctica, desertor...

*Fluye, fluye Neretva,
río de mis amores.
Tus hijos te protegerán,
herzegovinos todos ellos.*

Canción bosnia

A primera vista, Fikret bien podría ser uno de esos *skinheads* que buscan tener un aire militar con su indumentaria. Usa botas pesadas, pantalones color kaki con múltiples bolsillos y lleva el cabello cortado casi al rape. A sus 24 años es uno de los líderes de los adolescentes en el campamento, quienes acatan cualquier orden que venga de él, en parte por respeto, y también porque le tienen miedo. Es un hombre de pocas palabras y menos sonrisas, que en el fondo es profundamente sensible.

Fikret se unió voluntariamente al HVO (ejército croata-bosnio), aunque es musulmán, y peleó en Herzegovina, su región natal. Le gustaba la vida militar, su disciplina y el ejercicio, y el espíritu de camaradería entre los hombres, pero cuando se desintegró la alianza entre croatas y musulmanes poco a poco lo fueron relegando, y ya no se sentía bienvenido como parte del grupo. Al final, Fikret optó por desertar del ejército, y tuvo que irse lejos, donde no lo pudieran encontrar. Se dirigió a Croacia e ingresó ilegalmente. Más adelante logró ser aceptado en un campamento para refugiados, gracias a la intervención de amigos. Sin embargo, no puede sentirse realmente seguro ahí pues periódicamente llegan a los campamentos miembros del HVO para reclutar a los jóvenes que encuentren. De ser descubierto, Fikret sería juzgado como desertor. No puede irse más lejos porque no tiene pasaporte ni documento alguno, ni siquiera la tarjeta de refugiado.

Lo que más le pesa es que sus padres y su hermana menor, a quien adora, siguen en Herzegovina, y no saben nada de su paradero. Aunque hay líneas telefónicas hacia esa parte del país, no les ha hablado por temor a delatarse, y supone que ellos lo dan por muerto. La angustia de provocarles ese sufrimiento le produce frecuentes crisis emocionales, y bebe en exceso, buscando el olvido. Ciertamente resulta extraño que no le haya pedido a alguien más que se comuniqué con ellos o les envíe una carta para informarles que está vivo y a

salvo. Fikret no habla mucho de esto, ni propicia las preguntas de los demás, pero es muy posible que no sepa bien a bien dónde se encuentra ahora su familia.

La falta de actividad en el campamento frustra mucho a Fikret, y aunque tiene amigos y seguidores, a la vez está profundamente solo. Quisiera abandonar todo eso y volver a su país, al ejército bosnio, pero no sabe si se conocería su historial con el HVO, y si pudiera sufrir consecuencias.

¿A quién le toca?

Lejla (*Léy-la*) tenía 24 años cuando los serbios conquistaron en 1992 el territorio de Bosnia del Norte conocido como el corredor, que une a los territorios ocupados en Croacia y Bosnia Occidental con aquellos en Bosnia Oriental y la misma Serbia. Sus padres habían muerto hacía algunos años y ella y su hermano mayor vivían en Brcko (*Brr-ch-ko*), la ciudad ubicada en la parte más angosta del corredor, y que tiene un valor estratégico enorme. Su hermano huyó y se unió al ejército bosnio; la última vez que lo vio fue hace más de dos años, y raras veces recibe noticias suyas.

Durante días Lejla fue testigo de las atrocidades cometidas por los serbios en Brcko, donde civiles musulmanes y croatas fueron masacrados en la calle y sus cuerpos lanzados al río Sava. Hombres y mujeres de todas las edades fueron llevados a campos de concentración o campos de violación, donde muchos fueron sumariamente ejecutados o torturados. Más de 1 350 personas perecieron en menos de un mes en una antigua bodega del servicio aduanal utilizada como campo de concentración.

Los civiles no serbios tenían que ceder su propiedad a las autoridades serbias, y firmar que renunciaban a todos sus derechos. Luego eran llevados en camiones hasta un punto cercano a la línea del frente de Bosnia Central, la frontera del territorio controlado por las fuerzas del gobierno bosnio. Muchos camiones llenos de hombres jóvenes fueron desviados y jamás se volvió a ver a quienes iban a bordo. Probablemente acabaron en alguna fosa común, una de las tantas que se sabe existen en todo el territorio ocupado. La última

etapa del viaje se hacía a pie, bajando por un estrecho camino desprotegido en la ladera del monte Vlasic (*Vlá-sich*) para alcanzar la ciudad de Travnik (*Tráv-nik*). Durante el descenso eran sometidos a nuevas brutalidades por parte de los serbios, apostados en distintos puntos del camino. A algunos les disparaban y a todos les robaban las pocas pertenencias que habían logrado salvar: dinero, alhajas, fotos, recuerdos, e incluso sus papeles de identidad. Lejla dice: "Es como si quisieran robarnos la propia identidad. Como si no hubiéramos nacido, decirnos que ya no existimos." En ese entonces Croacia ya había cerrado sus fronteras a los refugiados bosnios, dado que el resto del mundo no les ayudaba a absorber la carga de refugiados. Lejla pasó meses en Bosnia Central, pero finalmente obtuvo permiso para irse a Croacia, donde fue enviada a un campamento para refugiados en los suburbios de Zagreb, la capital.

Ahí se hizo amiga de algunas mujeres que le propusieron enseñarle a tejer para que pudiera hacer calcetines y ganar un poco de dinero vendiéndolos a una organización que se encargaba de distribuirlos en el extranjero y también dotaba de frutas y verduras frescas al campamento. No le interesó mucho la propuesta, pero algunos días después surgió otra mejor. La misma organización necesitaba una cocinera para su local donde aparte de las oficinas se alojaba el personal, además de tener un dormitorio para voluntarios. Una amiga propuso a Lejla, ya que en Brcko había trabajado en un restaurante.

En la organización trabajan voluntarios de diferentes lugares, incluyendo jóvenes bosnios que viven en otros países (algunos como refugiados). En una ocasión se improvisó una reunión y desde luego, surgió el tema de la guerra. Los bosnios presentes estaban criticando duramente la actitud de los países del Grupo de Contacto, haciendo conjeturas de cómo se resolvería la situación si levantara el embargo de armas, etcétera, y de pronto Lejla estalló: "Es muy fácil para ustedes arreglar la situación con palabras, sentados cómodamente en Zagreb tomando cerveza... ¿Por qué no están mejor allá, haciendo algo concreto?... Yo tengo un hermano que está en el ejército y quizá no lo vuelva a ver. Me duele, claro, pero al menos está haciendo algo por Bosnia. ¿Por qué ustedes no hacen su parte?"

Uno de ellos le contestó "Sabes, Lejla, en todas las guerras a algunos les toca pelear y a otros no, así son las cosas, ¿qué quieres?"

Momento en el cual Lejla le reclamó: “¿Y quién decide a quién le toca y a quién no? ¿Tú, acaso?”

Lejla trata de llevar una vida normal en Zagreb, y cuando tiene un poco de dinero le gusta ir al cine con alguna amiga, si tiene tiempo libre, ya que su trabajo la tiene muy ocupada. Sin embargo, evita viajar a la parte sur de la ciudad, llamada Nuevo Zagreb. En una ocasión tenía un dolor de muelas muy fuerte, pero hasta que el dolor se volvía inaguantable se rehusaba a irse a atender donde los refugiados reciben tratamiento y medicamentos gratuitos. En un principio nadie entendía el porqué de su negativa, hasta que salió a la luz que para llegar tendría que cruzar el río Sava, y no le gusta volver a ver “el río rojo”: color de las aguas cuando las masacres en Brcko, unos 250 kilómetros río abajo.

Recuerdos de pesadilla

Hay quienes siguen dudando que el término genocidio sea aplicable a lo que está sucediendo actualmente en Bosnia, aunque las cifras hablan por sí solas. Incluso el mismo término “limpieza étnica” es un macabro eco a la “solución final” de Hitler: utilizar una palabra con una connotación positiva, como limpieza o solución, como eufemismo para la más atroz barbarie.

Otro punto común es la existencia de campos de concentración, donde un pueblo es sistemáticamente exterminado. Aunque en Bosnia no esté tan estructurado como en Auschwitz o Bergen-Belsen, el resultado es el mismo. Existe el mismo sadismo y brutalidad, pero el exterminio es más “artesanal”. Una de sus características es que no se encuentran permanentemente establecidos en algún lugar, y de hecho, esto ha convenido a los asesinos, ya que se pueden mudar fácilmente de un lugar a otro cuando la comunidad internacional o la Cruz Roja exige tener acceso para inspeccionar. En los pocos sitios donde la prensa ha podido acceder, los detenidos están demasiado temerosos como para poder hablar libremente.

Los campos son improvisados en edificios existentes y los denominan eufemísticamente “centros de detención de prisioneros de guerra”, aunque la gran mayoría de los internos sean civiles, o “centros de tránsito para refugiados”, donde son encerradas personas

que luego serán expulsadas (deportadas), y tendrán que pagar fuertes sumas para poder salir, en trenes o camiones, a veces como intercambio por auténticos prisioneros de guerra que tiene el gobierno bosnio (soldados de las milicias serbias). Los grandes campos de concentración se encuentran cerca de las ciudades, pero aun en los pueblos conquistados, los hombres son llevados a graneros, la pequeña escuela, u otro centro improvisado para ser golpeados, torturados y masacrados.

En Manjaca (*Mán-yat-sa*) los hombres dormían en el suelo, con una cobija para cada cuatro, se bañaban cada quince días y tenían únicamente la ropa que llevaban puesta al llegar. Los golpes, torturas y ejecuciones someras eran parte de la rutina, aunque según organizaciones humanitarias, en comparación con otros centros de detención éste era lujoso. En Omarska (*Ó-mar-ska*) más de tres mil personas eran encerradas a la vez en un viejo complejo minero, muchos a la intemperie, entre el lodo. El gobierno bosnio estima que más de 11 mil personas pasaron por Omarska, muchos de los cuales perecieron. En Kereterm (*Ké-re-term*), cerca de Prijedor (*Prí-yedor*), 1 200 personas fueron encerradas en una antigua fábrica de cerámica; según ex internos, las ejecuciones se hacían utilizando una bodega como "paredón". En Brcko (*Brr-ch-ko*) más de 1 350 civiles perecieron en una antigua bodega aduanal en menos de un mes. En julio de 1992 se estimaba que más de 30 000 personas estaban detenidas en las cercanías de Banja Luka. Los serbios también tienen campamentos especiales para su propia gente que se rehúsa a participar en sus barbaries, o desertores de su ejército.

Los serbio-bosnios alegan que cientos de miles de serbios han sido llevados a campos de concentración por los bosniacos, aunque los escasos centros de detención del gobierno bosnio han sido inspeccionados por la Cruz Roja Internacional y la prensa, y realmente se trata de prisioneros de guerra que son intercambiados por civiles, y las condiciones de vida parecen ser aceptables según convenios internacionales. Los croata-bosnios también han tenido campos de concentración, que en su gran mayoría fueron inspeccionados, y donde también eran encerrados los musulmanes durante los conflictos entre ambos grupos.

La deportación masiva de civiles ha sido otra práctica común. Son transportados inclusive en vagones de tren para ganado, y sistemá-

ticamente se les cobra una fuerte suma por este “servicio”. Hasta mil marcos (unos 800 dólares).

La limpieza étnica tiene otros componentes además de la deportación masiva de población civil y los campos de concentración. Las masacres de civiles en plena calle en ciudades conquistadas, la destrucción sistematizada de monumentos y edificios pertenecientes a las culturas expulsadas — más de 1 500 mezquitas y 500 iglesias destruidas, además de cementerios, archivos históricos y demás. Esto ha creado un término particular a la guerra en Bosnia: el “urbicidio” (la eliminación de cualquier rastro de una cultura).

Otra práctica integral de este genocidio es la violación sistemática de mujeres, adolescentes e incluso niñas, como forma de destruir una sociedad. Se calcula que unas 60 mil mujeres han sido violadas por los serbios (otros cálculos arrojan un total de 20 mil). Muchas padecieron violaciones tumultuarias diariamente, durante semanas enteras. Miles de estas mujeres no fueron liberadas hasta haber quedado embarazadas, a menudo cuando ya era demasiado tarde para realizar un aborto, y muchas quedaron tan traumatadas que no podían verse el vientre ni querían conocer a sus hijos. Estos niños han sido colocados en centros especiales y tanto el gobierno bosnio como diversas organizaciones caritativas hacen esfuerzos por ayudar a las mujeres a sobreponerse y reconciliarse con los hechos, diciéndoles que son mártires. Algunas han logrado un acercamiento con los niños, primero visitándolos en el centro, luego llevándolos a vivir con ellas, pero hay otras que todavía no son capaces siquiera de poder mirarlos.

Hoy en día casi no quedan musulmanes ni católicos en las partes del país bajo control serbio, donde antes de la guerra constituían casi 50% de la población, y en ciertas ciudades los musulmanes eran mayoría. En Bosnia del Norte la población serbia pasó de 53.8% a 91.2%, y ahora hay 788 000 habitantes donde antes vivían 1 161 000; en Bosnia Oriental la población serbia pasó de 50.1% a 99.1%, y 454 000 personas viven donde antes habitaban 606 000. En cambio, en las regiones bajo control del gobierno bosnio, la población ha aumentado por el gran número de refugiados. En Tuzla pasó de 437 000 a 663 000.

No hay que olvidar que los refugiados son sobrevivientes de la limpieza étnica, y que el presente, de por sí tan difícil, está marcado por el pasado.

Sobrevivieron... algunos

*Allá donde el destino de nuestro siglo
sangra.*

Louis Aragon

Los sobrevivientes de campos de concentración han narrado lo que ahí sucede a oficiales de agencias internacionales, como la Cruz Roja Internacional, ACNUR, u otras organizaciones que recaudan testimonios para el Tribunal Internacional de La Haya encargado de los juicios por crímenes de guerra y crímenes contra la humanidad, pero a la mayoría les cuesta trabajo hablar de esas experiencias.

Tal es el caso de Amir (*Á-mir*) y Basir (*Bá-shir*), dos hermanos musulmanes que vivían en una pequeña ciudad cercana a Banja Luka. Aunque todavía eran escolares, fueron detenidos en la ciudad y luego enviados a un campo de concentración, acusados de haber peleado contra los serbios. La gran mayoría de los habitantes varones fueron acusados de lo mismo y encerrados. Muchos murieron en el campamento. Parte de la familia de Amir y Basir, un tío y su hijo, estaban también en el campo. Todos fueron golpeados en diversas ocasiones, y sabían que a algunos hombres los habían matado pues eran mandados llamar; más tarde se oían disparos, y nunca se los volvía a ver.

Para Amir y Basir la peor noche de su vida, cuyo recuerdo les provoca constantes pesadillas, fue la ocasión en que varios paramilitares serbios, ebrios en busca de diversión, sacaron a su tío y primo, y luego regresaron por ellos dos para que fueran testigos de lo que ocurría. Cuentan que cuando salieron, vieron a su tío, detenido por dos hombres, uno de los cuales le apuntaba una pistola en la sien, amenazándolo con volarle la cabeza si no violaba a su propio hijo en presencia de todos.

Ni a Amir ni a Basir les gusta hablar de ello, y aun cuando lo hacen, no revelan cuál fue el final de esta macabra noche. El hecho es que, de su familia, sólo ellos fueron liberados de ese campo.

Tras un acuerdo logrado por un organismo internacional, fueron cambiados por prisioneros de guerra serbios, aunque Amir fue trasladado durante unos días todavía a otro campo, antes de ser liberado. Llegaron por separado a Croacia, con unos días de diferencia,

primero Basir y luego Amir. Cuando este último llegó a Zagreb, lo alojaron la primera noche ¡en un hotel de cinco estrellas ultralujoso! Dice que a menudo se pregunta si esa parte fue sólo un sueño. Al día siguiente lo enviaron a un campamento para refugiados.

Amir y Basir parecían adaptarse rápidamente a la vida en el campamento, aunque otros habitantes los criticaran mucho por escandalosos y por la cantidad de alcohol que ingerían. Muchos ex internos de campos de concentración están en campamentos especiales, donde aguardan visa para irse a otro país, pero a Amir y Basir les tocó esperar durante algunos meses en un campamento para población en general. La mayoría de la gente no sabía que habían estado internos, porque no querían hablar de ello. Tomaba muchas semanas de confianza, y mucho aguardiente para que se lo confiaran a alguien.

Solidaridad de mujer

*Esa noche
cuando los siete
me violaron en el campo,
te recé para que escupieras
de mi matriz la semilla de ese perro.
¿Por qué no atendiste mi plegaria, Señor,
si no te he hecho ningún daño?*

*Te recé
que me libraras, aunque sólo por un minuto,
de la vigilancia de mis captores,
para con las uñas
sacarme a arañazos la matriz*

Enes Kisevic, poeta

Besima es originaria de Mostar, de donde fue expulsada por los croata-bosnios. Llegó a Zagreb como refugiada y, debido a que hablaba tanto inglés como francés, consiguió empleo como traductora en una organización que se dedica a juntar testimonios de mujeres violadas. Aunque su sueldo no era alto, le permitía un nivel de vida superior al de la mayoría de los refugiados. Rentaba un pequeño departamento donde vivía con su novio, al cual conoció en Zagreb. Él era soldado, de la región de Bihac (*Bi-jach*), donde fue herido.

El trabajo de Besima le provocaba mucho estrés. Todos los días escuchaba y traducía las experiencias de mujeres que habían sido violadas, algunas en su propia casa, incluso a la vista de sus familias que tenían que mirar, impotentes, otras en centros que se conocen como “campos de violación”, pues en ellos sólo están detenidas mujeres, y fungen como burdeles para los soldados serbios. Contaban cómo los oían decir que tenían que quedar preñadas de un serbio.

A Besima le afectó particularmente la historia de una joven de apenas quince años que fue violada por varios paramilitares frente a su padre, al cual llamaban “suegro” de manera burlona mientras abusaban de ella. La chica se sentía tan humillada que meses después seguía siendo incapaz de hablar con su padre o siquiera mirarlo de frente.

A principios de 1995 Besima sufrió una hemorragia vaginal masiva, y los doctores no pudieron más que detenerla parcialmente. Le realizaron diversos exámenes pero no encontraban la causa del problema. Estaba pálida, cansada y anémica, y frustrada por tener que cubrir gastos médicos que no resolvían su problema. Cuando parecía que se mejoraba, sufrió otra hemorragia que la dejó tan debilitada que no pudo regresar a trabajar. Los médicos seguían sin encontrar la raíz fisiológica del problema y terminaron por pensar que inconscientemente estaba proyectando en su propio cuerpo las atrocidades que escuchaba a diario, y que de alguna manera era su forma de solidarizarse con las mujeres que las relataban.

Hazme un dibujo

Los psicólogos y terapeutas que trabajan con niños refugiados a menudo utilizan el dibujo como un medio en el cual pueden expresar lo que no pueden enfrentar con palabras. En estos dibujos plasman lo que vieron cuando estaban en la zona de conflicto, y es común ver imágenes muy vívidas de atrocidades.

Sin embargo, los dibujos realizados por niños como simple pasatiempo o para ofrecerle de regalo a alguien también tienen toda una carga de sus experiencias pasadas. En un campamento los niños ha-

cían dibujos como regalo de despedida. Uno comenzó dibujando la típica casa —un clásico entre todos los niños del mundo— y los demás siguieron su ejemplo: dibujaron también casas. Sin embargo, la mayoría de estas casas eran diferentes a las representaciones típicas. Varios niños pintaban una casa en una hoja, y el sol y flores en otra, pero no los juntaban. Enisa, de seis años, dibujaba una casa con numerosas ventanas, algunas con los bordes bien derechos, pero otras con bordes muy ondulados. Luego ofreció la siguiente explicación: “están así porque cuando caen bombas, las ventanas tiemblan”. Anica (*Á-nit-sa*), de diez años, estaba sentada sola, concentrada en su dibujo. Sonreía dulcemente, como de costumbre, mientras lo coloreaba con muchos detalles. En un principio parecía una casa como cualquier otra, salvo por la gran cantidad de ventanas. Tenía escaleras en la entrada y hasta humo saliendo de la chimenea... pero cerca de la chimenea también había un gran hoyo en el techo, faltaba parte de la puerta, ya que sólo coloreó la mitad, y parte de la fachada estaba roja (¿fuego o la marca de un obús que dejó al descubierto los ladrillos?). Cuando terminó la casa, la miró un momento con aire soñador, pero de pronto tomó un marcador oscuro, tachó violentamente el dibujo y salió corriendo, dejando atrás la casa aniquilada...